



## EL HOMBRE EN CUANTO ORGANIZADOR DEL ESPACIO

Isabel Iglesias Casal

**E**l tema de cómo organiza el hombre su espacio es esencialmente multidimensional y comprende tanto el ámbito de lo privado como de lo público, lo social o lo político. Por eso, me gustaría proponerles hoy aquí una breve reflexión sobre lo que yo llamo significado *biocultural* del espacio.

Las palabras –aunque a veces se quedan cortas– comunican; el silencio –el silencio intencionado– comunica; y el espacio también comunica. Qué comunica y de qué manera lo hace son materia que estudia un campo de investigación relativamente nuevo llamado *proxémica*. Para el antropólogo Edward Hall, pionero en este tipo de investigaciones, la proxémica es el estudio de cómo el hombre estructura inconscientemente el microespacio. Y éste es otro de los temas con profundas diferencias entre las distintas culturas, porque el ser humano tiene un fuerte sentido del espacio personal y como señala Flora Davis en su obra *Comunicación no verbal* ese “sentido del yo del individuo no está limitado por su piel; se desplaza dentro de una especie de burbuja privada, que representa la cantidad de espacio que siente que debe haber entre él y los otros”. A este respecto los seres humanos no nos comportamos de manera muy distinta a la de otras especies animales. En sus estudios, los etólogos han desarrollado técnicas de campo que les permiten observar y registrar el comportamiento animal de manera objetiva y detallada, y han demostrado que algunos de ellos tienen lo que se llama *una distancia de fuga y una distancia crítica*: si un ser viviente suficientemente amenazador penetra dentro de la distancia de fuga del animal, éste huirá, pero si la amenaza entra dentro de la distancia crítica y se siente acorralado, entonces atacará. Afortunadamente, la respuesta humana no es tan agresiva, pero algunas culturas –las culturas de “no contacto” como la norteamericana, la japonesa o la inglesa– necesitan para estar cómodos y no verse “amenazados” un margen de seguridad más amplio, esto es, más espacio entre ellos y sus interlocutores en las interacciones cara a cara. Los árabes, los latinoamericanos o los españoles pertenecemos a una cultura de contacto y en las conversaciones literalmente rodeamos a la otra persona.

Como vemos, la transgresión de reglas sociales implícitas sobre el comportamiento espacial en público puede provocar ciertos desajustes y perturbar en mayor o menor medida el desarrollo de una interacción, pues los malentendidos surgen porque las personas de distintas culturas disponen de sus microespacios de manera diferente. Así pues, elegir la distancia adecuada en las conversaciones con miembros de una cultura distinta es esencial para evitar el llamado *shock cultural*, que a veces se manifiesta sólo a nivel preconsciente, pero que puede originar cierta incomodidad –siempre enojosa– e incluso irritación en nuestro interlocutor.

Edward Hall llegó a confeccionar incluso una escala hipotética de distancias consideradas apropiadas para cada tipo de relación: hasta unos 40 centímetros tendríamos la distancia adecuada para el galanteo o la conversación íntima; aquí hasta un comentario sobre el tiempo puede estar cargado de intención. La *distancia social próxima* se sitúa entre 1,20 y 2 metros; la *distancia social lejana* entre 3 y 4 metros, y a partir de aquí tendríamos ya lo que Hall llama *distancia pública*.

Por otro lado, experimentos realizados con animales de laboratorio han llegado a la conclusión de que el espacio puede ser una necesidad tan acuciante para un ser vivo como el

alimento: mucho antes de que hubiera problemas reales de alimentación, los animales empezaban a entrar en un estado de tensión tal que los llevaba a desarrollar comportamientos extraños que iban desde la violencia y el pillaje por un lado, a la más absoluta pasividad por otro. Los científicos lo han llamado *colapso de comportamiento* y aunque no existe acuerdo sobre si los resultados pueden generalizarse a los seres humanos parece que éstos no sólo tienen un sentimiento muy arraigado respecto al espacio que consideran conveniente en su relación con los otros, sino que sienten una necesidad real y biológica de él. Lo cierto es que la aglomeración influye poderosamente en el comportamiento humano, aunque según diversos estudios, de manera muy distinta en hombres y en mujeres. Mientras éstas intiman más y se hacen más amigas cuando se ven obligadas a compartir pequeños espacios, los hombres se vuelven normalmente desconfiados y combativos.

El psiquiatra estadounidense Augustus F. Kinzel ha estudiado entre convictos violentos y no violentos lo que él denomina *zona de parachoques*. Los convictos violentos reaccionaban vivamente cuando Kinzel se les acercaba a un metro de distancia, mientras que los no violentos no mostraban ningún tipo de inquietud hasta que estaba a medio metro. Los resultados de estos experimentos parecen sugerir que la proxémica puede servir para detectar a los individuos potencialmente violentos, aunque el propio Kinzel advierte que no a todos porque algunos de ellos tienen una *zona de parachoques* normal.

Por otro lado, la consideración del binomio hombre-espacio ha llevado a arquitectos y a urbanistas a diseñar edificios más cómodos y ciudades más habitables. Se ha creado incluso un nuevo campo de investigación: la psicología ambiental, que puede alcanzar gran desarrollo e influencia en las sociedades futuras.

Y para finalizar, como decía el profesor Ray Birdwhistell, un pionero de la cinesis, el hombre es un ser multisensorial que algunas veces verbaliza. Por eso añade al lenguaje verbal como parte de su desarrollo un rico repertorio de gestos, maneras y posturas unas veces innatas y otras a imitación de la kinésica de su cultura, a la vez que va asociando diversas actitudes y situaciones proxémicas que le ayudan a valorar el significado de las distancias interpersonales y del contacto físico y sus muchas funciones. Tener presente esa triple dimensión –lo verbal, lo kinésico y lo proxémico– es imprescindible para evaluar la comunicación humana como un sistema integral en el que cada pieza aporta datos significativos para interpretar el fascinante mundo de los comportamientos.